Soltero y Martir.

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA

SOLTERO Y MARTIR

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOSÉ JACKSON Y MIGUEL CASAÑ

MÚSICA DEL

MAESTRO MARIANI

MADRID
EDUARDO HIDALGO y ENRIQUE ARREGUI
EDITORES
Cedaceros, 4, pral. y Atocha, 64, 2.º

1888

SOLTERO Y MARTIR

OBRAS DE DON MIGUEL CASAÑ

Niñas...	Mujeres..	Hombres.	Coros...	TÍTULOS Y CLASIFICACIÓN	Actos...	Precio en pesetas
				Dominus vobiscum. Libro de 290 páginas. —3.ª (edición agotada)...............		3
1	2	2		Buenas noches, señores.—Comedia en prosa..	1	1
	2	4		En gran velocidad.—Id. id...............	1	1
	2	4		El Macareno.—Id. id...................	1	1
	2	1		Botasillas.—Id. id.....................	1	1
	1	1		¡¡Azuqueca, dos minutos!!—Juguete cómico en prosa (clb.)......................	1	1
	2	3		Hecho un San Lázaro.—Id. en verso (clb.)..	1	1
	2	4		Hidrofobomanía.—Id. id. (clb.)..........	1	1
	2	3	Sí	El Sr. Juez (1).—Juguete cómico-lírico.—(No gustó).........................	1	
	2	7	Sí	El Alcalde interino (2).—Sainete lírico (clb.).	1	1

(1) Música de Taboada (no gustó).

(2) Idem de Brull.

SOLTERO Y MARTIR

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOSÉ JACKSON Y MIGUEL CASAÑ

MÚSICA DEL

MAESTRO MARIANI

Estrenado en el TEATRO FELIPE la noche del 24 de Julio de 1888



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1888

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA LA O...........	Srta. D.ª Luisa Campos.
PAULINA.....	» » Elena Salvador.
UNA PORTERA.........	Sra. D.ª Matilde Guerra.
ALBERTO...............	Sr. D. Emilio Mesejo.
CASIMIRO..............	» » Enrique Gil.
FERNANDO.............	» » Vicente G.ª Valero.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Por derecha é izqnierda entiéndase la del actor

AL ILUSTRADÍSIMO ESCRITOR É INTELIGENTE

Y ACTIVO DIRECTOR DEL TEATRO FELIPE

Don Rafael María Liern

Grande ha sido el cariñoso interés con que has puesto en escena esta obra; y mis queridos compañeros Jackson y Mariani, para poder pagarte de algún modo esas pruebas de talento y amistad que nos has dado en la presente ocasión, me suplican que en nombre de los tres te dedique esta zarzuelita: encargo que cumplo con el mayor gusto y satisfacción, porque reconozco que á tí y á los actores que la han estrenado (y de estos muy especialmente á la graciosísima Campos y al incomparable Emilio), se debe el gran éxito obtenido, más que al mérito de la obra.

Dígnate, pues, mi querido Rafael, tener la bondad de aceptar esta dedicatoria y de ser nuestro intérprete para dar las gracias á todos y recibirlas muy expresivas para tí de tu paisano y amigo,

Miguel Casañ.



ACTO ÚNICO

Despacho de Casimiro, elegantemente amueblado.—Puerta al foro.—Puerta primer término izquierda.—Chimenea en segundo.—Balcón primer término derecha.—En segundo mesa-ministro.—Armarios con libros á los dos lados de la puerta del foro.—En primer término izquierda un velador.—En primer término derecha otro velador con periódicos.—Butacas, sillas, arañas, portiers, cuadros, etcétera.—Sobre la chimenea, azucarero, floreros, candelabros y frascos de esencias.

ESCENA PRIMERA

La PORTERA luego CASIMIRO

PORT. El señorito puede salir cuando quiera. La chimenea ya está encendida. (Acabando de encender la chimenea y dirigiéndose á la puerta izquierda.)

CASIM. Habrá buen fuego, ¿no es verdad? Tres troncos. Ponga usted tres troncos. (Desde dentro.)

PORT. Tres troncos; sí, señor. (Más vale así; con eso estos dos me los llevaré para mí.) Voy á poner un poco en orden todo esto. (Vaciando un saquito de papel que contiene azúcar en el azucarero que hay sobre la chimenea.) Esto no cabe. El azucarero es pequeño... Mejor: así tendré azúcar. (Se guarda el saquito.) ¿Tiene usted algo más que mandarme?

CASIM. Nada.

PORT. Pues con el permiso de usted...—¡Ah! La nota de gastos y el correo. (Tomándolo de la mesa.)

CASIM. Déme usted. (Los toma y los deja sobre el velador. Abre una carta.) El sello de la Administración de Correos de Zaragoza. Es de Aniceto; el padre de Alberto, mi ahijado. ¡Pobre Aniceto! ¡Sigue siendo un mártir! ¡Se casó hace veinticinco años!...

PORT. ¿Señor?

CASIM. ¡Aun aquí!

PORT. Estaba recordando, y creo que se me ha olvidado poner en la lista los 12 reales de mis servicios de hoy.

CASIM. Bueno; ya los añadiré en la cuenta.

PORT. ¡Ah, señor! ¡Usted es nuestra providencia! Cuando tengamos la desgracia de que usted se muera, mi hombre y yo iremos de cuando en cuando á poner un ramito de flores sobre su tumba.

CASIM. ¡Señora!...

PORT. Voy á cepillarle á usted la ropa.

CASIM. Sí; vaya usted, y tenga mucho cuidado con hacerlo bien. (Vase la Portera por la puerta foro.)

ESCENA II

CASIMIRO y después FERNANDO

CASIM. Esta vieja me desespera algunas veces; pero todo es preferible á la vida de casado... ¡Mujer... propia! ¡Hijos... propios también! ¡Suegras!... ¡Uf! ¡Líbreme Dios! ¡Nada, nada, Casimiro; solito como el hongo! El buey suelto, bien se lame.

Música

Es el celibato,
la felicidad
mayor que en la tierra
disfruta el mortal.

Si la esposa es guapa,
¡qué calamidad!
no puede el marido
ni pestañear,
y aun siendo una santa,
no por eso está
libre del eterno
cuchichichear.

—

Yo prefiero
ser soltero;
de mi casa
ser el rey,
sin cadenas
y sin penas
libre y suelto,
sin ser buey.

(Después de cantar, sigue bailando al compás que marca la orquesta.—Sale Fernando.)

Hablado

FERN. ¡Alto! ¿Quién vive?

CASIM. ¡Hola, mi querido Fernando! ¡Siempre de tan buen humor!

FERN. Siempre. ¡Soy tan feliz! (Como que soy recién casado! (Mi visita tiene un solo objeto, y es, invitarte á comer esta tarde en mi casa. (Se sienta.) Mi esposa y yo queremos presentarte á una joven hermosa.

CASIM. ¡Muy bien! (Frotándose las manos.)

FERN. Es viuda; tiene veinticinco años; es amiga nuestra, y á mi mujer se le ha puesto en la cabeza cierta idea, y quiere que tú conozcas á esa joven.

CASIM. ¿Y por qué ese empeño?

FERN. La hemos hablado muy bien de tí; pero no le hemos dicho tu edad. Es muy posible que en viéndola, te enamores y te cases.

CASIM. ¿Es por eso? (Levantándose.) ¿No te acuerdas de lo que sobre el particular te he dicho miles de veces? Quiero vivir solo, á mi gusto. Cuando uno tiene cuarenta y ocho años

y doce mil duros de renta, debe vivir solo, si desea ser completamente feliz. La independencia es mi divisa y así eludo deberes, ó mejor dicho, contribuciones directas que impone el matrimonio.

FERN. Pero olvidas las contribuciones indirectas que pagas por la soltería.

CASIM. ¿Las contribuciones indirectas?

FERN. Sí, hombre, sí. Las contribuciones hay que pagarlas directa ó indirectamente; y tú, por no pagar las directas, las legales, pagas las indirectas, que son las peores.

CASIM. Pero yo tengo casa...

FERN. Y por toda servidumbre la portera, que por hacerte la cama y los recados, te cuesta lo menos doce reales diarios.

CASIM. ¡Algo más!... Mira la cuenta de hoy. (Dándole un papel que toma de la mesa.)

FERN. La lista sube á ochenta reales. (Leyendo.) «Por despertar al señor á las ocho de la ma»ñana, dos reales; por haber esperado al se»ñor hasta media noche, dos reales; un ja»bón para fregar, cuatro reales.» ¡No es caro! «Por quitarle una mancha de la levita, »cuatro reales; poner un botón en el cha»leco, dos reales; poner otro en el pan»talón...»

CASIM. ¡Ya se sabe: dos reales!

FERN. No, que pone tres.

CASIM. ¡Como es en el pantalón!...

FERN. No quieres casarte, pero gastas con otras mujeres en flores y guantes, y en fin... con tu ahijado, por el cual ha sido preciso pagar las inscripciones de derecho... y el pleito, y María, á la que después de lo pasado le has puesto un comercio de modas.

CASIM. ¡María!... Hace ya tres meses que no la veo, y eso que es la única mujer que ha interesado hondamente mi corazón.

FERN. ¿Qué?

CASIM. Que á pesar de todo, para concluir con ella, la he puesto un comercio de sombreros que me ha costado sesenta mil reales. (Hablando pasa á la izquierda; se quita el batin y el gorro; se

pone la levita y toma el sombrero; mira el reloj.) Ya es hora de almorzar. Me voy al restaurant. Allí como y gasto lo que quiero. ¿Qué dirás á esto?... ¿Ves qué vida tan patriarcal? Aquí nadie turba mi sosiego. Ya lo ves; no se siente una mosca.

FERN. Es verdad... (Ruido dentro.) ¿No oyes? Parece que riñen ahí fuera dos mujeres.

ESCENA III

Los mismos y MARIA. Al decir Fernando las últimas palabras, un fuerte golpe de orquesta, y se presenta María.

Musica

MARÍA
¡Rayos y truenos!
¡Detenerme á mí!
¡Yo entro en esta casa,
porque sí! ¡Porque sí!...
FERM. ¡Já! ¡Já! (Recitado y riéndose.)
CASIM. ¡Jí! jí!
FERN. ¡Já! ¡já!
CASIM. ¡Jí! ¡jí!
Ojea los periódicos
que encuentres por ahí. (A Fernando.)
MARÍA
A pesar del furor que he empleado
con esa mujer,
para tí sólo tienen mis labios
palabras de miel.
CASIM. Palabras de miel.
MARÍA Palabras de miel...
CASIM. Mas, ¿qué te sucede?
MARÍA
Escúchalo, pues:
el arte me invita,
mi pecho se agita
ansiando la gloria
y el verde laurel.
Con magia hechicera,
la escena me espera,
poniendo á mis plantas
su rico vergel.
CASIM. Por Dios, Mariquita;

tu pecho se agita,
mas no por el arte
ni el verde laurel,
al verte cualquiera
doctor de la Corte,
te da el pasaporte
para Leganés.

—

MARÍA

Me tiene guardada
de gloria un derroche.
Oye la balada
que canto esta noche:

CASIM.

(A Fernando.)
(¡Está loca esta mujer!
Pero, en fin, vamos á ver...)

—

(María se quita una flor.)

(Hablado, á Casimiro.)
Esta es la flor;
emblema misterioso
de un tierno amor.

—

MARÍA

(Cantando.)
¡Flor hermosa, que ayer ostentabas
tu bello primor,
y que libre y alegre gozabas
los rayos del sol!...
¡Ay, pobre flor!
¡Por la suerte te vés combatida
lo mismo que yo!
¡Ay, pobre flor! ¡Ay, pobre flor!
¡Ya tu color palidece,
perdiendo el encanto
que el cielo te dió!
¡Hoy, marchita en mis manos te miro,
perdido el color!
Hoy, no exhalas aromas al viento;
tu encanto murió!
¡Hoy, sucumbes al fiero destino
lo mismo que yo!
¡Ay, pobre flor!... ¡Ay, pobre flor!

Hablado

CASIM. (Aplaudiendo.) ¡Bien, muy bien!
FERN. Idem. ¡Bravísimo! ¡Va usted á dar el golpe!
MARÍA Lo dicho: esta noche hago mi debut.
CASIM. ¿Eh?
MARÍA Que esta noche hago mi debut, y abandono el comercio.
CASIM. ¡Bah!
MARÍA De veras. Ya sabes que las ventas son pocas, y como cada vez que tengo que hacer algún pago, me veo en el caso de tener que venir á que me saques del apuro, esto me hace daño y...
CASIM. (Bueno; cállate.)
FERN. ¡Já! ¡já! (Sentado junto al velador derecha y leyendo un periódico.)
CASIM. ¿Te divierte el periódico? ¿eh?
FERN. Mucho.
MARÍA Pues sí: he vendido la tienda, y con lo que de ella he sacado me he comprado un magnífico traje y un precioso aderezo; por el estilo del que tú me habías prometido. Así te evitas ese gasto... Porque yo soy muy económica. Ya lo sabes.
CASIM. ¡Sí; ya lo sé!
MARÍA Desde hoy me dedico al teatro; al canto. Hay muchas que ganan veinte ó treinta duros diarios.. ¡Ya vés! ¿cuándo había yo de ganar con la aguja?... El comercio, y sobre todo el de las mujeres, está perdido.
FERN. (Lo que está perdido es tu juicio.)
MARÍA Conque ya lo sabes; debuto esta noche en la zarzuela. ¡Qué bonita obra! *La flor marchita.* Ya has oído parte de ella. Yo hago la flor.
CASIM. (Y yo, el marchito.)
MARÍA ¡Pí, pá, pí, pá! ¿Qué tal estoy de voz?
CASIM. Muy bien.
MARÍA Tengo un poquito de miedo. Pero agarrándome bien al director...
CASIM. Eso es, hija mía, tú agárrate bien al director, que él te dará la entrada con la batuta.

FERN. (¡Estoy pasando un rato delicioso!)
MARÍA Por supuesto que irás á verme.
CASIM. Sí, mujer; iré á verte y tomaré una butaca.
MARÍA No; no es menester. He pedido en tu nombre en la contaduría, donde los tienen apartados, tres palcos. ¡Por cinco duros!...
CASIM. ¿Cinco duros tres palcos? ¡No es caro!
MARÍA No; cinco duros por palco, que hacen quince.
CASIM. ¡Ah! ¡quince duros!...
FERN. «Contribución indirecta.» (Leyendo el periódico.)
CASIM. ¿Qué?...
FERN. Nada. Es que leo aquí.
CASIM. ¡Ya!
MARÍA Y hay que ir por ellos antes de las doce.
CASIM. Bien, mujer, iré.
MARÍA ¡Ah! No te olvides del ramo de flores.
CASIM. ¿Qué ramo?
MARÍA Un ramo para tirármelo cuando me llamen.
CASIM. ¿Pero qué, te van á llamar?
FERN. «Sanguijuelas.»
CASIM. ¿Eh?
FERN. Es un anuncio.
MARÍA Cuando me llamen á escena, me tiras el ramo.
CASIM. Conforme: tendrás el ramo... Un ramito de violetas.
MARÍA No: un ramo bien grande.
FERN. De cinco duros (y quince veinte.) (Leyendo.) «Contribuciones.»
CASIM. ¡Y dale!... (Quitándole el periódico.)
FERN. ¡Este periódico no habla de otra cosa!
MARÍA Veo que me complaces en todo; y para corresponderte, vuelvo en seguida para que almorcemos juntos. Ya sabes, poca cosa; como el otro día. Jamón, besugo, ostras, trufas, vino de Jeréz y Benicarló. Tres ó cuatro postres... café... Ya sabes que tengo poco apetito y que soy muy económica. Vaya, hasta luego, monono mío. Beso á usted la mano.
FERN. A los piés de usted.
MARÍA ¡Pí, pá, pí, pá! (Vase por el foro probándose la voz.)

ESCENA IV

CASIMIRO y FERNANDO

CASIM. ¡Cuánta gracia, cuánta elegancia y qué distinción! (Llamando.) ¡Portera! ¡Señora Loreto!

FERN. ¡Ah! lo que se me había olvidado decirte, es que vendrá de un momento á otro á hacerte una visita...

CASIM. ¿Quién?

FERN. Mi mujer —Está ocupándose de una rifa, y vá pidiendo para los pobres del distrito...

CASIM. ¡Y habéis pensado en mí! Muchas gracias. Será bien recibida. (Mira el relój.) ¡Diablo! es preciso que yo salga. Tengo una cita con mi arquitecto... (Llamando.) ¡¡Portera!! (Se sienta á escribir.)

ESCENA V

DICHOS, y la PORTERA, que sale por la puerta izquierda cosiendo en un pantalón

PORT. Señor: estaba, como usted vé, pegándole un botón.

FERN. ¿Un botón de tres reales?

PORT. Claro. ¿Los botones del pantalón son muy delicados?

CASIM. Hágame usted el favor de subir todo esto del café inmediato. (Le da una lista.)

PORT. Voy en seguida

CASIM. Y ponga aquí mismo la mesa con dos cubiertos (Señalando al velador izquierda.) Vuelvo al instante. ¿Vamos?

FERN. Vamos. (Pobre amigo mío.) (Fernando se dirige al foro.)

CASIM. Oye, por ahí no. Vamos por la escalera de servicio: ¡y de paso te enseñaré una jamona!... (Vánse puerta lateral izquierda.)

ESCENA VI

La PORTERA, y á poco ALBERTO

PORT. ¡Ponga usted dos cubiertos, ha dicho Don Casimiro!... Es que son dos los que deben almorzar... ¿Quién será el otro? (Suena la campanilla con fuerza.) ¡Qué bárbaro! ¡Vaya un modo de llamar! Entre usted. ¡¡Pase usted, que está entornado!! (Sale Alberto por el foro con maleta y gorra de viaje.)

ALBER. ¿Vive aquí don Casimiro?

PORT. ¡Alberto! ¡Es posible! ¿Es usted?

ALBER. Me parece que sí.

PORT. No extrañe usted.... hace tres años que no le había visto... y me alegro de haberle conocido al momento.

ALBER. Yo también la he reconocido, á pesar de que ha cambiado usted mucho. (Le da la maleta.)

PORT. ¿Que he cambiado?

ALBER. Sí señora; la hallo á usted... más joven... más guapa.

PORT. ¡Señorito!... (¡Qué simpático es!)

ALBER. ¿Tiene usted una peseta? ¡No llevo aquí un cuarto! Es para pagar al cochero.

PORT. Tómela usted. (Le da la peseta, entra la maleta en la primera puerta izquierda y vuelve á salir al momento.)

ALBER. Póngala usted en la cuenta de mi padrino. (Se asoma al balcón.) ¡Eh, tú, auriga! Ahí va. (Tirando la peseta.) ¿Eh? ¿La propina? Otro día: ahora no llevo suelto. (A la Portera.) ¿Y mi padrino?

PORT. Acaba de salir.

ALBER. Lo siento muchísimo. (Contrariado.)

PORT. Pero no tardará en venir. ¡Ah! ¡Qué tonta soy!.. Estos dos cubiertos... Es á usted... sí; es á usted á quien espera. Siéntese usted: voy á subir el almuerzo.

ALBER. Sí: vaya usted, Loretito; hace dos horas que no tomo nada.

PORT. ¡Pobre señorito! Voy en seguida. (¡Me ha llamado Loretito!... ¡Qué guapo es!) (Vase por el foro.)

ESCENA VII

ALBERTO y á poco PAULINA

ALBER. (Mirando la habitación.) ¡Qué lujo gasta mi padrino! (Al espejo.) ¡Cuánto polvo! (Se quita la americana y la cepilla sin dejar de hablar.) ¡Un precioso gabinete de consulta! No me extraña, porque todos dicen que es un gran abogado. Un despacho como este me hace falta á mí. Como mi padrino es viejo, y no tiene hijos ni aun sobrinos, me ha dicho mi padre... es posible que te ceda con su clientela, sus pleitos y su bufete. ¡Ah! ¡Entónces yo me pondría un gorro como éste; (Se lo pone.) un batín como éste (Se lo pone.) y luego me sentaría en una butaca como esta! (Se sienta.) Cuando entrase algún cliente, adoptaría un aspecto grave y majestuoso... Supongamos que me encuentro en el ejercicio de mis funciones.

Música

¡Tilín, tilín, tilín, tilín!
En la puerta del despacho
se presenta una mujer.—
¡Ejem! ¡Ejem!—*Caballero...*

(La parte que figura que canta ella, la hará el actor, en falsete si le es posible.)

¡Oh, señora!... Pase usted.
Puede usted tomar asiento—
Muchas gracias.—No hay de qué.—

(Coloca dos sillas, una enfrente de otra y muy cerca, y se levanta de una para sentarse en la otra, á medida que canta lo que le toque decir á él ó á ella.)

Es muy fino.—Es muy bonita.
¡Ay!—¡Suspira!—*¡Ay!*—¡Otra vez!—
¡Soy desgraciada!—Lo creo.—
Pues yo vengo...—Diga usted.—
¡El asunto es delicado!—
No lo dudo.—(Cayó pez.)

—Soy casada:
y no hay nada
de familia,
ya ve usté;
y yo quiero,
caballero,
que me diga
qué he de hacer.

—

—Es querella,
joven bella,
peliaguda
por demás.
Si es su esposo
cauteloso,
él, sin duda
lo sabrá.

—

—Mi esposo dice que sí,
y yo le digo que no.
El me echa la culpa á mí,
y á él le echo la culpa yo.

—

Ni yo le digo que *sí*,
ni yo le digo que *no:*
pero tengo para mí,
que la culpa es de los dos.

—

—Yo le vengo á consultar
el negocio.
—Lo mejor es entablar
el divorcio.
—Pues divorcio sin tardar:
á él me asocio.
—Es el modo de arreglar
el negocio.

—

—Estando el matrimonio separado,
cuando ni vivan juntos ni se vean,

cuando ande cada *quisqui* por su lado,
sin duda lograrán lo que desean.

—

—Gracias, caballero.
Dice usted muy bien.
—Cuente usted conmigo.
—Sí, que contaré.
Beso á usted la mano.
—A los piés de usted.
(Sube hasta el foro como saludándola.)

Hablado

(Se sienta.) ¡Magnífico! ¡Este es mi elemento! (Campanilla.) ¡Han llamado! Será algún cliente.—¡Una mujer! ¡Oh, qué hermosa! (Viendo aparecer á Paulina en el foro.)

PAUL. Dispense usted, si...

ALBER. ¿Qué desea usted? (Se levanta.)

PAUL. (Es mucho más joven de lo que yo creía.) Ruego á usted que dispense esta visita, de una persona á la cual no conoce usted.

ALBER. Señora, siento mucho no tener el honor de conocerla, y...

PAUL. Para explicar mi visita, bastará que invoque el nombre de la señora de D. Fernando... y una obra de beneficencia.

ALBER. Ruego á usted... (Señalando un sillón y cerrando la puerta del foro.)

PAUL. (¡Y es muy amable!) (Sentándose.)

ALBER. ¿Una obra de beneficencia? (Sentándose en otra silla.) Debía haberlo adivinado. ¡Dichosos los pobres cuando reciban las visitas de usted! Yo quisiera ser pobre para tener la inmensa dicha de verla entrar en mi guardilla.

PAUL. Muchas gracias por mí y muchas más por mis pobres. (Sonriendo.)

ALBER. (¡Qué sonrisa tan angelical!)

PAUL. (¡Es muy galante!) Hemos organizado una rifa, y muchas señoras, entre ellas yo, nos hemos comprometido á repartir los billetes entre los amigos y gentes piadosas Por mi parte ya los he repartido casi todos, y he

venido aquí por si usted se digna tomar alguno. Sólo me quedan cincuenta. Son baratos: á cinco pesetas

ALBER. (Levantándose entusiasmado.) (¡Vaya, sí señora... pues no faltaba más! (Se registra los bolsillos.) (Esta sí que es buena! ¡No tengo ni un cuarto! (Vase á la mesa-despacho, tira de los cajones de la mesa de escritorio, y los registra.) (Si mi padrino estuviera aquí no rehusaría...)

PAUL. (Me alegro de haber venido yo misma en vez de mi amiga. Así he podido juzgar por mis propios ojos, y cuando pida mi mano, el examen ya estará hecho.)

ALBER. ¡Ah! (Encontrando dinero.)

PAUL. ¿Qué?

ALBER. Nada (¡Billetes de Banco!)

PAUL. ¿Por cuántos billetes se suscribe usted? (Abre la cartera.)

ALBER. Ponga usted .. los cincuenta.

PAUL. Cincuenta billetes á cinco pesetas, son... mil reales. (Se levanta.)

ALBER. Aquí tiene usted 250 pesetas.

PAUL. (¡Qué generoso! Ya me es simpático.) La buena acción de usted le servirá de una gran satisfacción.

ALBER. La satisfacción más grande la siento en este momento, señorita.

PAUL. Dispénseme usted que me retire; me debo á mis pobres. Beso á usted la mano.

ALBER. A los piés de usted. (La acompaña hasta la puerta y la da la mano. Vase Paulina.)

ESCENA VIII

ALBERTO, y á poco CASIMIRO

ALBER. ¡Adiós, angel mío! Ahí te va una avalancha de besos!. . (Ah, yo la volveré á ver, sí; es preciso que yo la vea.) (Se deja caer en el sofá y sale Casimiro por el foro, preocupado.)

CASIM. ¡Viaje inútil! ¡Qué aturdido soy! ¡Olvidar los dos mil duros! (Se dirige á la mesa de despacho.)

ALBER. ¡Mi querido padrino!. . (Va á abrazarle.)

CASIM. ¿Qué es eso? (Deteniéndole.) ¡Ah, eres tú! (Con sonrisa afectada.)

ALBER. Mi padre me ha hecho venir para que me busque usted una buena colocación. Encargándome que mientras no me coloque, me hospede aquí.

CASIM. ¿En mi casa?

ALBER. ¡Es natural! ¿Dónde mejor que en la casa de mi padrino?

CASIM. ¿En la mía?

ALBER. Es usted solo... Yo le haré compañía. ¡Oh, no ignoro lo que me obliga la gratitud! Usted es rico; necesita quien le distraiga y ayude á gastar el dinero; pues aquí estoy yo, padrinito de mi alma. (Abrazándole.)

CASIM. ¡Muchas gracias, ahijadito de mi corazón! (¡Y mi almuerzo con Mariquita!) Ciertamente que tienes razón en cuanto has dicho; pero por el pronto házme el favor de irte por ahí á pasear un rato. Véte por la Castellana á ver la estátua de Isabel la Católica y la de Cristóbal Colón, y aquellos nuevos y magníficos edificios que han hecho desde que faltas de Madrid. Eso te recreará la vista.

ALBER. Bueno, como usted quiera. (Se quita el batín y el gorro y se pone su ropa.)

CASIM. (¡Por fin!...)

ALBER. Por supuesto, que será después de almorzar.

CASIM. ¿Después de almorzar? ¡Yo no almuerzo hoy! Toma: ahí tienes dos duros, para que almuerces en una fonda

ALBER. Muchas gracias, padrino. Y ya que usted se muestra tan amable, es preciso que yo le abra mi corazón

CASIM. (¡Y Mariquita que va á llegar!) ¿Cuánto tiempo necesitas para abrirme tu corazón?

ALBER. Cinco minutos.

CASIM. Pues abre. (Se sientan y Casimiro estará muy impaciente.)

ALBER. ¿Ha tenido usted alguna vez veinticinco años?

CASIM. Si; una vez no más.

ALBER. ¡Comprenderá usted la fogosidad de las pasiones á esa edad!

CASIM. La comprendo.
ALBER. Ya sabe usted que es un volcán que se inflama al rayo de una mirada. ¡Pum!...
CASIM. Bueno... ¡Pum! .. ¿Y qué? (Impaciente)
ALBER. ¡Que vibró el rayo; que el volcán se inflamó; estoy enamorado desde hace un momento! ¡He visto aquí mismo á un angel!
CASIM. ¿Angel, aquí? No puede ser más que la portera.
ALBER. ¡Ah, no! A la que yo adoro la conoce usted. Ha venido aquí para que usted le tomara billetes de una rifa de beneficencia.
CASIM. (¡La esposa de Fernando!) (Se levantan.) ¿Es esa señora la que tú quieres?
ALBER. ¡Sí!
CASIM. ¿Es esa la del... pum?
ALBER. ¡Pum! Sí.
CASIM. (¡Pobre Fernando!)
ALBER. La amo, y ruego á usted que sirva de intermediario en estos amores.
CASIM. ¡Cómo! ¿Y es á mí á quien tú vienes?... ¡Vamos, que la cosa es un poquito fuerte!
ALBER. ¿Y por qué?
CASIM. ¡Pero, desdichado!...
ALBER. Mis intenciones son puras.
CASIM. Sí, pero ...
ALBER. Y me casaré con ella.
CASIM. ¡Casarte!
ALBER. ¿Por qué no?
CASIM. Porque tiene... (Se oye la voz de Fernando que viene canturreando.) ¡Silencio!

ESCENA IX

Los mismos y FERNANDO

FERN. Me alegro hallarte aún aquí. (Muy alegre.)
CASIM. Este es el marido (Aparte á Alberto.)
ALBER. ¡Dios mío! ¡Casada! (Se deja caer en el sofá.)
FERN. Mi mujer está admirada y contentísima de tí. ¡Ah! Dispense usted; no había reparado... (Viendo á Alberto)

CASIM. Te presento á mi ahijado Alberto... Mi amigo Fernando. (Con intención.)

FERN. Servidor.

ALBER. Yo... la... (¡Vaya un facha!)

FERN. ¿Está usted enfermo?

ALBER. (Balbuceando.) Sí, señor; un poco. (¡Pero qué feo es!)

FERN. (¡Tu ahijado tiene un aire... así... extraño!)

CASIM (¡Chist!... ¿Qué quieres? provinciano.) (¡Pobre Fernando! ¡Y es él quien me aconseja que me case!) ¿Qué motivo te trae por aquí?

FERN. Así que llegué á mi casa, hallé á mi mujer con Paulina. Vamos, con franqueza: ¿Te gusta?

CASIM. ¿Cuál?

FERN. ¡Cuál ha de ser! Paulina.

CASIM. ¡La he visto yo acaso!

FERN. ¡Hombre! ¡Qué me cuentas!... ¿Mi mujer, no debía venir á tu caaa? ¿No se me ha ocurrido la gran idea de que para que tomases los billetes viniese Paulina en lugar de mi mujer?

CASIM. ¡Cómo, Paulina! ¿es ella la que?... ¿Conque no es tu mujer la que?...

ALBER. ¿No es mujer de usted la que?... (Baila.) ¡Abrázame, amigo mío! ¡Ay, qué peso se te ha quitado! (Le abraza.) Digo, no: se me ha quitado de encima.

FERN. ¿Pero, qué les ha dado á ustedes?

ALBER. ¡Es, que yo, amo á esa señora! ¡Es, que yo, adoro á esa señora!

FERN. Luego tú no la has visto.

CASIM. Fué mi ahijado el que...

ALBER. Fuí yo el que ..

CASIM. ¡Deja que te abrace otra vez!

ALBER. ¡Déjeme usted que le abrace! .. (Forman un pelotón y se caen.)

FERN. Gracias, señores, por lo que sea. ¡Y ella que no tenía más que palabras de elogio para tí! .. «Es gracioso... es amable... es generoso!.. Me ha tomado cincuenta billetes de la rifa.»

CASIM. ¡Cincuenta!

FERN. Sí; doscientas cincuenta pesetas.

CASIM. ¿Doscientas cincuenta... Alberto? ¡Imposible! ¡De dónde las había de sacar él, que en su vida las ha visto juntas!

ALBER. (¡Adiós mi dinero!)

FERN. Que no las haya visto juntas lo niego; porque es lo cierto que las ha dado. Yo mismo he visto los billetes.

(Casimiro corre á la mesa, abre el cajón y ojea rápidamente los billetes.)

CASIM. ¡Billetes... qué presentimiento!... ¡Justamente!

FERN. ¡Qué!

CASIM ¡Que me faltan doscientas cincuenta pesetas en billetes que tenía aquí apartados!

ALBER. ¿A qué viene esa extrañeza? Yo las he dado en la seguridad de que si usted se hubiese hallado en mi lugar le hubiese usted entregado doble suma. Conque todavía tiene usted que darme las gracias.

CASIM. En ese caso... muchísimas gracias amiguito.

FERN. Lo hecho, hecho está. Yo me encargo de explicarle á Paulina...

CASIM. ¡Vete al diablo con tu Paulina! ¡No me hables más de ella!... Yo tenía esa suma justa, y ahora... Es preciso que corra en busca de mi administrador. ¡Tú, con el dichoso casamiento, tienes la culpa de todo!

ESCENA X

DICHOS, y la PORTERA con el almuerzo

PORT. Las doce en punto... Aquí está el almuerzo. (En una bandeja.)

CASIM. Yo no almuerzo.

ALBER. Almorzaré yo. (La portera pone la mesa.)

CASIM. Después de lo que ha pasado, espero que no me vuelvas á hablar de... ¡Adiós!

FERN. Escúchame.

CASIM. ¡No quiero oir nada! (Vase por el foro.)

FERN. Yo no puedo dejar esto así. Quiero seguir probándote mis buenas intenciones. (Vase detrás de Casimiro.)

ESCENA XI

ALBERTO, la PORTERA y á poco MARÍA

ALBER. (Paseando.) ¡Esto es horr ble! ¡Cuando mi padrino vea esa mujer adorable, claro; ¡se casará con ella!... Encontrará un capellán que bendiga esa unión mostruosa, sin decirle siquiera... usted no es tan joven ni tan guapo como el ahijado de usted... ¡Qué ha de ser tan joven! (Lloriquea.) ¡Qué ha de ser tan guapo!

PORT. Ya está puesto su cubierto. Cuando usted quiera...

ALBER. Yo no tengo hambre. Lo que yo tengo son ganas de llorar. (Se deja caer en una silla.)

PORT. ¿Qué tiene usted, señorito?

ALBER. Diga usted más bien, qué es lo que no tengo. (Campanilla dentro.)

PORT. Llaman... Quién será. (Vase la Portera y sale con María.)

ALBER. Pues sí: ¡mi padrino se casará, y yo me pegaré un tiro!

MARÍA Portera despache usted pronto, que tengo el estómago pegado á la espalda.

ALBER. (Al verla pone la cara muy alegre.) ¡Otra mujer! (Bajo á la Portera.) (¿Quién es esta señorita?)

PORT. Una antigua cliente del señor. (Titubeando.)

MARÍA (¿Quién es este joven?) (Bajo á la portera.)

PORT. (El ahijado de Don Casimiro.) (Campanilla dentro.) Voy allá... (Vase por el foro.)

ESCENA XII

MARÌA y ALBERTO.—Se saludan ceremoniosamente

MARÍA ¿Con que usted es Alberto? Tengo mucho honor en conocerle... (Cambiando de tono y hablando familiarmente.) Más ya que es usted el ahijado de Don Casimiro, creo que debemos tratar nos con familiaridad.

ALBER. Lo mismo creo. Y usted es...

MARÍA Oiga usted quién soy.

Música

Yo soy una palomita
del amor:
yo patino, monto y cazo,
com'il faut.
Por amores, veinte veces
me batí,
y ninguno me ha tocado
tanto *así*. (Acción.)
Soy de todas las modistas
el non plus,
y he corrido desde Cádiz
al Perú ..
Esta soy yo... Esta soy yo...

—

Como modista,
soy un primor;
como mimosa,
¡válgame Dios!
en todo el mundo
darán razón
de la modista
María La O.
¡Pues no que no!... ¡Pues no que no!...

Recitado

Para tener la aguja en la mano, fuego en el corazón, y palabritas de miel en los labios...

Musica

¡No hay otra como yo!

—

ALBER. Yo camino por el mundo
sin rival:
yo patino, cazo y monto...
y algo más.
Con el sable y la pistola
soy un Cid;
y he bailado en Capellanes,
y en *Maville.*

Es mi cuerpo más flexible
que un bambú,
y en amores me apellidan
el non plus...
Este soy yo... Este soy yo...

—

Como duelista,
soy el terror:
como mimoso,
¡válgame Dios!
mil y mil bellas
darán razón.
No hay quien se ponga
donde estoy yo.
¡Pues no que no!... ¡Pues no que no!...

Recitado

Para tener la espada en la mano: fuego en el corazón y palabritas de miel en los labios...

Musica

No hay otro como yo.

Á DUO

María — Como modista, etc.
Alber. — Como duelista, etc.

Hablado

María — Después de lo dicho, sigo creyendo que debe reinar entre los dos la mayor familiaridad; y para darle el ejemplo, diré á usted que no siento apetito, sino hambre. ¿No le parece á usted que lo mejor será sentarnos á la mesa y almorzar?

Alber. — Lo mismo creo. ¡Ay! (Suspirando.)

María — No importa que no esté su padrino. (Sentándose.) Le guardaremos de todo para cuando venga. El almuerzo no estará muy caliente; pero no importa.

Alber. — ¡Ay!

MARÍA Siéntese usted y probemos de este volatil, que nos abre las alas.

ALBER. Lo siento, señorita; pero me es imposible aceptar. (Con tristeza, y sentándose al velador junto á María y frente al público.)

MARÍA ¿Imposible? ¿Se puede saber por qué?

ALBER. Pude olvidar por un momento... pero yo, señorita, padezco de aquí. (Poniéndose las manos sobre el corazón.) ¡Ay!

MARÍA ¡Suspira usted de un modo!... ¡Vamos; cuénteme lo que le pasa! Acaso yo pueda consolarle.

ALBER. ¡Ay!... Se lo diré á usted todo. ¡Mi padrino!... ¡El infame de don Casimiro!... en fin, no hallo palabras bastante duras para calificarle!... ¡Me falta el valor!

MARÍA Vamos; moje usted este bizcochito en esa copa de Jeréz y serénese usted un poco. (¿Qué será?) (Le da el vino y el bizcocho.)

ALBER. (Bebe y come.) Pues bien; mi padrino... (Con la boca llena.)

MARÍA El infame don Casimiro... Siga usted.

ALBER. Es mi rival... (Come y bebe.) ¡Ay!

MARÍA ¡Su rival de usted! ¿Cerca de quién?

ALBER. ¡De un angel!

MARÍA ¡Una mujer!

ALBER. ¡Elegante!... ¡Airosa!... ¡Bonita!... ¡Ay, señora, soy muy desgraciado! Déjeme usted llorar sobre su seno. (Queriendo abrazarla.)

MARÍA (Rehusando y con inquietud.) A ver, á ver, joven: cuénteme usted; cuénteme usted... yo quiero tomar parte en su dolor.

ALBER. ¡Gracias, señora; muchas gracias! Hágame usted el favor de otra copa de vino y otro bizcochito. (Llorando.)

MARÍA Sí... ¡Mas, por favor, hable usted pronto!

ALBER. ¡Un amigo suyo, don Fernando, quiere casarle con ese angel: con mi Paulina! ¡Y se casará!... ¡No lo dude usted, se casará!

MARÍA ¡Casarse!... ¡Yo me vengaré!

ALBER. ¡Eso es! ¡Venguémonos!

MARÍA ¡Ese casamiento es imposible! (Rompe un plato.)

ALBER. ¡Sí; es imposible! Ya he roto otro plato. (Lo rompe.)

MARÍA Ha hecho usted muy bien. ¡Que empiece á pagar su culpa! (Tira otro plato.)

ALBER. Tiene usted razón. (Rompe una silla y la echa al fuego.) ¡El villano! ¡Comprendo á Atila! ¡En este momento soy partidario de los vándalos!

MARÍA ¡Que no quede titere con cabeza!

ALBER. Abajo lo existente. (Tiran los muebles y lo que hay en la mesa. Sale la Portera.)

ESCENA XIII

MARÍA, ALBERTO, LORETO y á poco DON CASIMIRO

PORT. ¡Cielos, qué estoy viendo!

ALBER. ¡Atrás!

PORT. ¡Este es el fin del mundo! ¡A la guardia! ¡A la guardia! (Vase la Portera y aparece Casimiro con un gran ramo.)

CASIM. ¡Pero qué escándalo es este!... Mariquita...

MARÍA No te acerques á mí, ¡perjuro! (Le tira una servilleta.)

CASIM. ¡Tú aquí! ¡Tú aquí todavía! (A Alberto.)

ALBER. ¡Ay, ay! (Sollozando.)

CASIM. ¿Y nuestro almuerzo? (A María.)

MARÍA ¿Nuestro almuerzo? ¡Mira el caso que yo hago de él! (Tirando la bandeja con lo que queda.)

CASIM. Pero, señor...

ALBER. ¡Ay!

CASIM. ¡Yo que te traía un magnífico ramo!... ¡Un ramo que me ha costado cinco duros!

MARÍA Mira lo que me importa tu ramo. (Se lo quita y lo tira: luego se sienta.)

ALBER. Mire usted lo que nos importa su ramo. (Lo tira también.)

CASIM. ¿Pero es que el infierno se ha entrado en mi casa? ¡Y tú, miserable: tú, que al siguiente día de tu nacimiento me costastes cuatro mil reales, también te atreves!... ¡Vete de aquí, parricida!... ¡Vete pronto! (María se sienta y hace señas á Alberto para que no se vaya.) Ahí tienes un billete de veinte duros, para que tomes el tren y te marches á tu casa.

ALBER. ¡Ay, ay, ay! (Toma el billete.)

MARÍA ¡Y yo también me marcho! (Levantándose y marchándose.)

CASIM. ¡No; tú no te vas! (Deteniéndola en la puerta foro.)

MARÍA Entonces necesito una explicación que me satisfaga. (Le coge y le baja al proscenio.) Mírame de frente.

ALBER. Sí, mírenos usted de frente. (Al otro lado.)

MARÍA ¿De dónde vienes?

CASIM. De casa de mi administrador; y si me he retardado un poco ha sido porque allí me hallé con alguno de los operarios que están trabajando en mi casa de campo.

MARÍA Bien.

ALBER. Muy bien.

MARÍA ¿Y Paulina?

ALBER. Eso es; ¿y Paulina?

CASIM (¡Cállate, imbécil!) (Aparte á Alberto.) Mariquita, te juro por todo lo que más quiero, por todo lo más caro, por tí, *verbi gratia*, que ni siquiera la he visto una vez: no la conozco.

ESCENA XIV

DICHOS, la PORTERA y después PAULINA

PORT. Una señora que dice llamarse... Paulina, desea hablar con el señor. (Queda en la puerta foro.)

MARÍA (Furiosa) ¡Ejem!

ALBER. ¡Eh, y nos decía que no la conoce!

MARÍA Que entre.

ALBER. Sí, que entre. (Vase la portera.)

MARÍA ¡Ay de tí!

ALBER. ¡Ay de usted! (A D. Casimiro.)

CASIM. Te aseguro...

MARÍA Basta. Voy á entrar en ese gabinete. (Señala á la izquierda.) Desde allí lo veré y lo oiré todo!

ALBER. Eso es.

CASIM. Te repito una vez más...

MARÍA Basta. Yo estoy allí; á la primera palabra que no me convenga, al primer gesto que no me agrade, te rompo... cualquier cosa! á la segunda le pego fuego á la casa y armo el escándalo hache.

ALBER. ¡Armaremos el gran escándalo!

CASIM. ¡Un escándalo!... ¡Comprometer mi reputación!... (Suplicante)

MARÍA Ni una palabra más. Reciba usted á Paulina. (Vase.)

ALBER. Sí, recíbala usted.

CASIM. Pero, á tí, mamarracho, ¿quién te mete?... Te he despedido. No esperes que te lo repita. (Persiguiéndole.)

ALBER. Yo no salgo de aquí sino por la fuerza de las bayonetas. (Desaparece por un momento por el foro.)

CASIM. ¿Esto es ser libre? ¿Esto es ser independiente? ¿Esto es ser buey suelto? ¿Si tendrá razón Fernando? (Salen Alberto y Paulina.)

ALBER. Tenga usted la bondad de pasar adelante. (A Paulina.)

PAUL. Esta vez no es á usted, sino á D. Casimiro á quien vengo á buscar.

CASIM. Servidor de usted, señora... (¡Es bonita! No me engañó Fernando.) Dispénseme si la recibo así... Se cayó la vajilla y puso esta sala como usted ve... Tome usted asiento.

PAUL. Gracias. (Se sienta. Casimiro pone una silla al lado de Paulina y mira á la izquierda. Alberto, de pié y entre los dos un poco detrás. Casimiro mirando siempre á la izquierda, va á sentarse y lo hace en la falda de Paulina.)

CASIM. ¡Perdón, señora! (Se sienta en su silla.)

PAUL. Ya he visto que ha sido una distracción.

CASIM. He sabido que mi ahijado ha tenido el honor de recibirla por mí.

PAUL. Y su ahijado de usted, guiado sin duda por una caridad excesiva, me ha entregado mil reales para los pobres. Yo acepté gustosa, más sabiendo por D. Fernando que este acto de generosidad ha sido sin el consentimiento de usted, vengo á devolverle su dinero. (D. Casimiro alarga la mano. Alberto se la retira.)

ALBER. ¡Nunca, señora!

CASIM. ¡Oh, jamás, señora! Alberto ha adivinado mis intenciones y yo estoy muy orgulloso de que usted haya tenido esta ocasión para

honrar mi casa con su graciosa presencia. (Ruído de cristales rotos, puerta izquierda.)

PAUL. ¿Qué ruído es ese? (Asustada. Alberto se ríe.)

CASIM. ¿Ruído? Será el viento.

PAUL. Según dicen estamos próximos á un ciclón.

CASIM. Puede que no se equivoquen.

PAUL. Voy á establecerme definitivamente en Madrid, y espero que vendrá usted alguna vez á mis reuniones... es decir, los dos.

CASIM. ¡Con mucho gusto! (Ruído de muebles que se rompen.) Dispénseme usted, pero generalmente yo no salgo por las noches. (Mira hacia el gabinete.) Yo no salgo por las noches. (Alzando la voz.)

ALBER. Mi padrino no sale nunca por las noches, pero yo sí. El viento, el hielo, la lluvia... yo lo sufriré todo sin temor y sin paraguas, por el gusto de verla.

PAUL. Don Fernando me ha hablado de usted.

ALBER. Entonces ya le habrá dicho que yo no soy como mi padrino, que gusta del celibato.

PAUL. ¡Ah, conque D. Casimiro ama el celibato!

CASIM. Yo... señora... (¡Mi situación es horrorosa!)

PAUL. Según eso, no se casará usted nunca.

ALBER. ¡Jamás, señora: qué se ha de casar!...

CASIM. (¡Ahora sí que le pega fuego á la casa!) (Mirando á donde entró María.)

PAUL. Cada uno tiene sus inclinaciones. Hay especies que buscan la soledad...

ALBER. Los osos, por ejemplo.

CASIM. (¡Ah, tunante; cómo te vales de la ocasión!) ¿No huelen ustedes á chamusquina? (Olfateando.)

PAUL. No.

ALBER. La felicidad de mi padrino consiste en ver á su ahijadito bien colocado, y en unir dos corazones jóvenes que se aman ardientemente. ¿No es verdad, señorita?

PAUL. Yo no sé. Usted se lo dice todo...

ALBER. ¿No es verdad, padrino?

CASIM. Sí, hombre, sí; quiero que todo el mundo se case, incluso yo.

ALBER. (Con alegría.) ¿Conque se casa usted?

CASIM. ¡Sí; ya estoy cansado de ser soltero y martir!

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, MARIA y FERNANDO, que oye las últimas palabras desde la puerta del foro.

FERN. Gracias á Dios. (Entrando.)
MARÍA ¡Casimiro, eres todo un hombre!
CASIM. Basta que tú lo digas.
PAUL. (Aparte á Fernando.) ¿Quién es esta señorita?
FERN. (Aparte á Paulina.) (La que le cose las camisas)
MARÍA ¿Cuándo nos casamos?
CASIM. Pronto.
ALBER. ¡Ah, mi querido padrino... la alegría me ahoga! (Abrazándole.)
CASIM. (Tú sí que me ahogas á mí.)
MARÍA Tienes necesidad de reposo. Nos iremos á tu casa de campo...
FERN. ¿Para pasar el verano?
CASIM. Y el invierno y el otoño.
ALBER. ¡Oh, dicha!
CASIM. ¿Y usted qué dice?
PAUL. Yo...
FERN. Eso corre de mi cuenta. Los casaré.
MARÍA ¡Al campo!
TODOS ¡Eso es: al campo!

Musica

MARÍA
Calle ese pito,
señor profesor,
que ese silbato
no oiga el autor;
que el pobrecito
temblando está
y puede creer que la silba
ha empezado ya.

TELÓN

FIN DEL ACTO

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de *González é Hijos*, Puerta del Sol, 9; de los *Señores Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de ambas galerías.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA**, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de facil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.